

TERCER CERTAMEN NACIONAL DE RELATO CORTO

CON NOMBRE DE MUJER

Este Certamen ha sido galardonado con el Premio «**CÓRDOBA EN IGUALDAD 2013**» otorgado por la Excm. Diputación Provincial de Córdoba en reconocimiento a su proyección sociocultural y a la labor desarrollada en pro de la coeducación.

Edita:
CONCEJALÍA DE EDUCACIÓN Y POLÍTICAS SOCIALES
AYUNTAMIENTO DE NUEVA CARTEYA

Diseño y maquetación: Tomás Oteros

Impresión: Gráficas El Tejar S.L.
Tfno. 957 697 232 - email: graficaseltejar@hotmail.com
14857 - Nueva Carteya (Córdoba)

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito del Ayuntamiento de Nueva Carteya.

TERCER CERTAMEN NACIONAL DE RELATO CORTO
CON NOMBRE DE MUJER

MI GENEALOGÍA FEMENINA de Gema Palomo Ramírez

LAS PUPILAS DE SEPTIEMBRE de Jesús Pérez Benítez

PERLAS EN PLATA de Juan José Tapia Urbano

NUEVA CARTEYA 2012

Presentación

Presentar el nacimiento de un nuevo libro siempre supone un motivo de satisfacción, se diría que participas en el parto afortunado de algo tangible que se aparta de las rutinas diarias en las que uno se mueve a esta altura del largo camino recorrido, en la madurez reflexiva y sosegada en la que recoges y valoras en su justa medida lo que ha sido y es trascendente y desdeñas cuanto de baldío y superfluo se vive en este mundo tan bajo en valores, lleno de tendencias encontradas y en el que, todavía, la convivencia real, la justicia, la verdadera democracia, la cultura para todos, la igualdad entre pueblos y personas, nos resulta quimérica y a veces utópica.

Mi satisfacción se hace más profunda cuando el libro que tenéis en vuestras manos es el que recoge los relatos ganadores en el Tercer Certamen Nacional de Relato Corto «Con nombre de mujer», que con tanto éxito y magnífica organización lleva a término la Concejalía de Educación y Políticas Sociales de nuestro Ayuntamiento. Y es así porque me llena de alegría ver y percibir como todo o casi todo en política

no va por el camino de los intereses y las ideologías sino que también existen otras razones que conducen a que conozcamos y publicitemos los comportamientos de personas responsables que practican conductas diferentes que suponen dedicar esfuerzos, tiempo y trabajo a otras necesidades cercanas al mundo de la tolerancia y la cultura que muchas veces se olvidan o quedan al margen de lo que se entiende por fundamental o prioritario. Creo que es un acierto publicar estos relatos, que de esta manera quedan fijados en las páginas de este libro para que el lector se conciencie más en estos temas concretos y para que sirva de aporte al legado cultural de nuestro pueblo.

Quienes trabajan para facilitar el bienestar social, los que buscan los medios para que la comunidad se sienta más feliz y realizada, los que solucionan problemas de convivencia, los que luchan por desterrar la violencia de género, los que predicán y practican la igualdad entre personas, los que desde su posición o desde su cargo ponen remedios para solucionar situaciones violentas o disponen los recursos necesarios para evitar conductas difíciles y nada deseables, son, todas ellas, personas ejemplares a las que hay que apoyar y facilitarles los medios necesarios para que lleguen a conseguir fines fructíferos para beneficio de la sociedad en la que nos movemos.

Creo que el desarrollo económico, cultural y educativo de los pueblos es fundamental para conseguir un mundo más igualitario. Concretamente, es prioritario que en nuestro pueblo se luche con ahínco para buscar soluciones más diversas en el mundo del trabajo; es muy bueno que la cultura, en todos sus aspectos, se generalice y llegue, cada vez más, a todos los rincones de la población y que el progreso educativo sea más cualitativo y comprometido por toda la comunidad

educativa. La buena educación y formación facilita en gran medida los futuros comportamientos de la sociedad y de los pueblos.

De siempre he creído que el hombre y la mujer están concebidos para vivir en igualdad y nunca para que haya que lamentar y conocer situaciones en las que la violencia entre géneros se haga presente y la mujer víctima propiciatoria. Sé que tradicionalmente la mujer ha sido marginada por una serie de argumentaciones que hoy, por fin, no tienen razón de ser; han quedado superadas en el mundo desarrollado al que pertenecemos: las leyes actuales están pensadas y dictadas para que esa igualdad sea real. Tanto hombre como mujer deben tener las mismas oportunidades y los mismos tratamientos, la escala de valores entre varón y hembra solo debe ponerla la capacidad y el esfuerzo que cada cual sea capaz de desarrollar y lograr a lo largo de su vida. Por desgracia, todavía existen sociedades en las que la marginación de la mujer se hace patente en la vida cotidiana y, por supuesto, no está totalmente desterrada en nuestro entorno cercano. Ni el machismo ni el feminismo deben conducir a conductas inadecuadas y fuera de toda norma de convivencia

Creo que esta problemática no desaparecerá mientras existan los desequilibrios económicos, el desarraigo cultural y no se complete una formación y educación generalizada y de calidad suficiente.

Los textos que en este libro se recogen nos deben servir para profundizar cada vez más en los problemas derivados de la violencia de género y nos hacen razonar en el papel que la mujer desempeña en la sociedad y en la vida familiar. Hemos de pensar en cuánto de positivo se puede sacar de estas historias o realidades que se nos dan a conocer. Desde aquí quiero felicitar a sus autores y ganadores del Certamen: Gema Palomo Ramírez, Jesús Pérez Benítez y nuestro paisano

Juan José Tapia Urbano por su buen hacer y por su gran sensibilidad en la exposición de sus relatos.

Organizar un certamen literario, más aún si es de ámbito nacional, difundirlo, conseguir una gran participación, llevarlo a término y posteriormente editar los trabajos ganadores no es tarea fácil ni sencilla. Por ello he de felicitar a la Concejala de Educación y Políticas Sociales, Helena Amo Oteros, en un doble sentido: primero, por haber conseguido que el Certamen «*Con nombre de mujer*» nos acerque a una temática tan vieja como actual, que a veces pasa junto a nosotros como la brisa que sentimos pero no vemos; y segundo, por el trabajo que desarrollas, tan bien hecho, inteligente, sin fisuras, y con un talante digno del mejor encomio: este es el camino que consigue resultados.

Felicitar también al Jurado que ha fallado el Certamen. No es tarea fácil y supone un esfuerzo más en el quehacer diario de los componentes del mismo. Creo que es importante mantener la continuidad de este Certamen, tanto por los valores que en los participantes podemos encontrar como en el aporte cultural que significa para nuestro pueblo, así como para proyectar más el nombre de Nueva Carteya a través de la difusión que del mismo se realiza.

Y, mi agradecimiento a ti, Helena, por haber querido que haga esta presentación. Me has dado una oportunidad para que en estos días de relajamiento que uno vive tenga algún tema en el que meditar y razonar. Es una satisfacción para mí escribir este texto.

Antonio Pérez Oteros
Cronista Oficial de Nueva Carteya

Prólogo

En los últimos años, afortunadamente, han aumentado las iniciativas sociales, laborales, políticas y culturales en pro de la igualdad de género, como por ejemplo este Tercer Certamen de Relato Corto organizado por el Ayuntamiento de Nueva Carteya, que desde su primera edición cosechó una notable acogida y participación. Sin embargo, cabe preguntarse si los esfuerzos dirigidos a tal concienciación calan la capa más externa, la del escaparate de lo «políticamente correcto».

Llevamos un largo camino recorrido que empieza a dar sus frutos, aunque el que queda por recorrer es, sin duda, más sinuoso y de cualquier manera duro, pues ha de abrirse camino a través de un sólido muro hecho de arraigada educación machista, de costumbres ancestrales que subsisten contra todo y contra todos, de tradiciones inmemoriales que se resisten a progresar, de absurdos clichés masculinos y femeninos y de prejuicios sociales difícilmente extirpables.

De poco sirve llenarse la boca con la palabra «igualdad» si esta no es considerada por hombres y mujeres como algo natural y cotidiano; de

puertas afuera y en la intimidad del hogar; entre amigos, compañeros o en el seno de la propia familia.

Hay que romper el círculo vicioso del «educó como fui educado». Hay que aprender y enseñar... hay que concienciarse y concienciar para que, al fin, nazca la primera generación que crezca en plena igualdad, sin herencias contaminadas.

Ojalá llegue el momento en que la sociedad no necesite hablar de esto, porque ese día tendremos la certeza de que la balanza de los derechos y las obligaciones entre ambos sexos habrá quedado equilibrada. Mientras tanto, hombres y mujeres comprometidos política y/o moralmente con esta causa, seguiremos aportando lo que esté en nuestra mano para atravesar el pétreo muro que se interpone.

Para mí, la primera edición de este Certamen supuso el honor de recibir el premio local por mi relato «¿No por ser mujer?», pero también la oportunidad de reflexionar de lleno en aspectos de esta problemática que frecuentemente obviamos, tal vez dando por hecho que «las cosas son así». Esta es la actitud conformista, cómoda a veces y siempre cobarde, que debemos rechazar. Escribir sobre ello promueve la empatía y es un magnífico soporte de concienciación social.

Gema Palomo Ramírez nos sumerge con *Mi genealogía femenina* en una historia de vida, a través de los ecos de una vieja tinaja. Ella le evoca el transcurrir de los días de su niñez, duros a veces, pero siempre memorables, en los que fue testigo de la tenacidad de su abuela Enriqueta, que es su ejemplo y su referente de coraje. Enriqueta no se queja y trabaja. Sin necesidad de palabras transmite el silencioso mensaje que por años sin término han trasladado tantas y tantas mujeres a sus hijas y nietas... Mujeres que con su mudo esfuerzo y su coraje han

expresado lo que su voz no supo o no pudo decir. ¿Qué mejor grito que el que demuestra calladamente la valía de una mujer?

Jesús Pérez Benítez nos ofrece una visión desde el otro lado con *Las pupilas de Septiembre*. Una espiral de inseguridad y celos envuelve al protagonista que, a pesar de definirse a sí mismo como no violento, se deja arrastrar por el sentimiento herido de aquel que equivocadamente se cree poseedor de una mujer. Tal vez una fiera dormía en su interior y se despertó con el aroma de un perfume. Ana le pertenece, pero hace tiempo que la siente lejana... Ahora está seguro: tiene que matarla. En su mente se mezclan el desconcierto y los vanos intentos de razonar, pero no se arrepiente; suya o de nadie. La historia viaja magistralmente entre recuerdos del pasado común y flashes del presente y nos sujeta, con el alma en un hilo, hasta un sorprendente final.

Juan José Tapia Urbano nos acerca, con ciertos tintes costumbristas, al devenir de una familia de campesinos cordobeses. *Perlas en plata* es el relato de los infortunios de tres generaciones de mujeres «marcadas»: la primera por el abandono, la segunda por el desprecio y la tercera por el machismo de los que, sin saberlo, llevan su misma sangre. Mientras tanto, una fuerza mucho mayor que el dinero emerge de abuela, hija y nieta: la voluntad de salir adelante por sí mismas. La dignidad de una mujer sobrevive en un tiempo en que ser madre soltera no es solo difícil, sino escandaloso a los ojos de los vecinos. Sin embargo, nada la hace apartarse del camino trazado para sí misma: el porvenir de su hija. Pese a todas sus desdichas, María conserva su orgullo intacto, lo mismo que durante toda una vida conserva sus perlas engarzadas en plata, recuerdo constante de aquello que un día fue y de lo que el futuro debe llegar a ser.

Y con estos tres relatos se pone, una vez más, de manifiesto un movimiento que no cesa, en busca de una sociedad más ecuánime. Un papel en blanco puede ser un granito más de arena en esta lucha si lo impregnamos de razón y de justicia con el arma más valiosa y pacífica: la palabra. Así pues, mi felicitación a los que ganaron, mi agradecimiento como mujer a cuantos participaron y mi ánimo a los que en adelante seguirán aportando este bello y preciado granito de arena.

Adelaida Ortega Ruiz

Premio Local de la Primera Edición del
Certamen de Relato Corto «Con nombre de mujer»



PRIMER PREMIO

Mi Genealogía Femenina
Gema Palomo Ramírez

¿Es posible que un objeto del pasado, una tinaja de barro, haya podido evocar tantas y tantas sensaciones que mi alma tenía aquí dentro guardadas? ¿Es posible que, tras el paso de los años, los sentimientos se vuelvan añoranza y nostalgia?

Lo es. Es posible y necesario que la casualidad y la «causalidad» hayan traído de nuevo a mi presente los recuerdos limpios y nítidos de mi infancia y los pedazos del puzzle de mi historia de vida.

Es posible y consecuente que ahora que saboreo de nuevo el olor a viejo y antiguo, la textura arrugada y de la pintura descascarillada que trae el paso de los años... quiera mi corazón escribir la historia de lo que soy, de lo que tengo. Mejor dicho, de quién soy y de dónde vengo. Por eso, quiero decirles ahora que mi voz no es mía en este momento porque se trata de evocar desde mi hoy a nuestro ayer, a su ayer.

Si cierro los ojos despacio, a la luz de estas velas que he preparado para encontrarme con mis recuerdos y siento la música que me evoca a tiempos remotos, acaricio curiosa la tinaja. Una tinaja her-

mosa, grande, como esas que se cuentan en los cuentos; de esas en las que caben tantos vasos y jarras de agua como momentos de sed pueda haber en el tiempo... Aquel sonido del agua goteando cuando se llenaba, hondo y profundo, pareciera que no iba a terminarse nunca... que no hubiese fondo en ella. Y claro que había fondo, existía una barrera: el final de la tinaja. Cuánta agua ha salido de ella, cuántas historias habrá vivido y escuchado, cuántas alegrías y penas habrá enjugado con el agua contenida en ella. Realmente es asombroso como el paso de los años atraviesa a las personas —es ley de vida— y como a los objetos que nos acompañan en la historia de nuestro caminar les ocurre de modo diferente. La tinaja guarda dentro de sí la memoria viva de los años, de los malos y los buenos tiempos.

Recuerda con cariño cada uno de los vasos de agua, cada jarra para el guiso, cada vez que era llenada y limpiada. Recuerda los gestos de las personas que se asomaron a ella, a su fondo. A veces, eran rostros sombríos y serios, a veces generosos y desenfadados, alegres y sonrientes, tristes y apenados... sin embargo, recuerda con amor y gratitud esa sonrisa y gesto de asombro de los niños y las niñas que fue viendo crecer y que sintió como suyos y propios. Sin duda alguna, es este el recuerdo que le ha permitido sobrevivir al paso de los años: han ocurrido tantas y tantas cosas, tantos duelos y tantos nacimientos; ha habido mudanzas, arreglos de casa, casas caídas y destruidas que de nuevo se levantaban en pie, al menos, desde la emoción y el recuerdo. Cuántos secretos guarda dentro, cuántas palabras y verdades nunca dichas. Cuánta vida, cuánta muerte y dignidad.

La tinaja ha regresado de algún modo al hogar, al calor de la nostalgia y del respeto. Ha vuelto a casa, a sentirse como en casa. De alguna manera, todo ha sido un tránsito, un sosegado e inquieto tránsito que había que vivir. Todo sucede por algo... El regreso ha sido fácil, no ha habido más que proponerse la vuelta y sucedió.

Evoca en su memoria —porque ella también la tiene— aquellos días duros en los que la casa donde vivió tantos años, tantas vidas, se iba desmoronando poco a poco. Se caían los tejados, las paredes, las cámaras, los techos... los objetos permanecían, impasibles al paso de los años, testigos mudos y silenciados del derrumbamiento. Solo algunas pertenencias tuvieron un destino respetado y significativo. Solo algunas manos recogieron con amor y dignidad el poderoso mensaje que traían implícitos.

No fueron fáciles las mudanzas, los cambios de mano en mano; quizá aquí llegó la tinaja y el suelo que es ahora tierra, la casa vieja que fue cayéndose. Llegaron a manos cuidadosas, sabedoras del valor que tenían.

El valor emocional, los pedacitos de historia que la casa y la tinaja encierran es mayor que otros valores que se le asignan a las herencias. Cuando las personas heredamos algo del pasado, heredamos además un trocito de historia, una pieza del puzzle que compuso la vida de esa familia y de nuestro propio aliento y equipaje. Es ese equipaje que he recibido el que empuja a mi aliento presente a escribir estas palabras.

Cierro los ojos e imagino a mi abuela Enriqueta hablando tranquila con su suegra Patricia, en la cocina, junto a la tinaja, bebiendo agua fresca. Enriqueta acaba de regresar del pueblo vecino; ha salido a las 5 de la mañana, sin que hubiera salido el sol, y con el

burro, cargado de las verduras que da la tierra toledana, ha llegado hasta su lugar de siempre, y ha vendido todo lo que llevaba en las alforjas del buen amigo. Ha intercambiado además, hace trueque por garbanzos o legumbres si es posible. Todo es poco para sacar a su familia adelante. Sola, cada mañana, con frío o calor, recorría un total de ocho kilómetros a pie. Sin protestar o añorar una vida mejor, este era su destino: la gente pobre no puede elegir. Patricia, mujer de carácter fuerte, escucha atenta lo que su nuera le cuenta. Ha decidido vivir con ella y con su hijo; tiene otra hija más, Julia, con tres hijas y recientemente viuda, allí en el pueblo y Dolores, que vive en Madrid, en la Puerta de Toledo. Sin embargo, con Enriqueta y sus nietas y nieto se encuentra a gusto y se siente querida. No chocan sus caracteres, saben estar la una con la otra. Cuando llega la noche, Patricia reúne en torno suyo a sus nietas y nieto y les cuenta historias sobre las estrellas y la luna: «Mira, ahí esta el carrito de la Virgen». Y les pela una naranja frotándola en la pared de la casa, una casa antigua, con un patio central y sin grandes lujos. El pozo, del que sale un agua fresca y mágica, les ayuda a sobrellevar la vida. Unas cochiqueras para los cochinos y algunas gallinas, junto a la parra plagada de uvas, pintan ese patio poderoso que evoca mi nostalgia. Y en la casa, la tinaja, las palabras, los quinqués para dar luz e iluminar y alumbrar la vida.

La tierra es dura, muy dura. Hay que madrugar antes de que salga el sol, preparar el sendero, alienar los frutos. Trabajar duro fue el mensaje que Enriqueta les transmitió a sus hijas e hijo en una recién estrenada posguerra. Dura la tierra y dura la vida. Tan dura que ni en la Escuela pudieron continuar quienes querían seguir. Aquella casita de la calle Posito, con un pozo hermoso y hondo y

un patio regado y fresco desde el que, quizás, no podía verse el cielo por las uvas que colgaban de la parra, fue testigo de la vida costosa que les tocó vivir.

Las mujeres de antes no conocían la palabra progreso, no sabían más que leer y escribir y «las cuatro reglas». No leían libros, ni periódicos. Conocían lo arduo que es el trabajo del campo y de la casa. Lo poco agradecido del cuidado y lo complicado que era darse un capricho. Sencillamente no los había. Sin embargo, sabían cual era el valor de la vida, de la relación con la familia, del respeto y la dignidad. Cabeza bien alta y sin destacar, en el medio. Eso transmitía Enriqueta a sus descendientes y esa misma cantinela fue la que me tocó recibir a mí, por boca de ella. Sus palabras resuenan aún en mi memoria, y me parece como si su voz saliera de la tinaja: la textura arrugada de esta se transforma en la suavidad de su piel y sus manos, el olor a antiguo, lo hondo de su mirada, la calidez y dulzura de sus palabras... se me anclan en el alma y salen ahora mediante la inspiración. Y fue así su vida durante muchas décadas. Enseñó a sus hijas e hijo a labrar la tierra, a escucharla y a sentirla. Comprendió lo que significaba ser pobre, ser honrada y trabajadora. Apoyó a su familia hasta el final y tuvo siempre conciencia de que la lucha estaba presente en su vida... aunque, como digo, no fuera consciente de ello.

Sin embargo, hoy más que nunca, su mensaje tiene un significado y una presencia. Es más, la casa, en la que un día estuvo levantada la casa de sus suegros y su casa, rezuma historias si cierras los ojos y escuchas a la tierra. Pareciera como si un sencillo solar florido, con las hierbas y flores que crecen sin intención y de modo

natural en el campo, quisiera transmitir un mensaje, un silencioso mensaje guardado por tantos años sin término...

Escuchando a esa tierra de la que proceden mis antepasados y mi historia de vida, y sintiendo la fuerza de ese silencio, la luz de esas palabras guardadas, los mensajes ocultos en las situaciones que ocurren en la vida... siento que hoy su historia esta más viva que nunca.

De nuevo, con la tinaja en mis manos, recorro suavemente cada uno de sus rincones: por dentro es honda y bien trabajada, manos artesanas supieron hacerla capaz de contener el agua para calmar la sed. Por fuera, ya descascarillada por el paso de los años y de las situaciones vividas, conserva aún presente una suavidad inexplicable y tardía que me hace recordar nostálgica aquellos veranos en el pueblo en los que aún la usábamos y disfrutábamos. Al llegar de la plaza o al terminar de hacer la compra o dar un paseo, un vaso de agua salido de aquel objeto inmenso nublaba todos mis sentidos. Recuerdo perfectamente que estaba cubierta por una tapa oscura de madera, limpia y reluciente, que mi abuela y mis tías procuraban conservar.

Bebiendo un poco de aquella agua casi milagrosa, la tinaja era testigo de las conversaciones del transcurso de la vida en verano; hay que regar el patio, bajar a la plaza a comprar el pan, arreglarse para ir a los toros o a la procesión y comprar almendras garrapiñadas, que eran las que más le gustaban a mi abuela... para que también, a su modo, disfrutara de las fiestas de finales de agosto.

La tía Enriqueta, como era conocida allí, enviudó a los 60 años de edad, vistiendo su cuerpo de arriba abajo por el luto riguroso de la época. No volvió a vestirse de otro color que no fuera el negro, y

tras el cambio de color, su salud además dio un paso atrás. La movilidad se redujo y el sentido de la vista comenzó a jugar con ella a las tinieblas.

El último recuerdo que viene a mi memoria donde está ella con la tinaja, ronda los últimos años de los setenta y los primeros de los ochenta... traslado esa imagen del pueblo a la ciudad... y nos veo a nosotras dos paseando por el barrio en el que vivo, agarrada de su mano el mundo me parecía inmenso aunque no llegué a entender nunca el color de sus vestimentas ni su pelo blanco recogido en un moño.

Cuando era pequeña, tomaba clases de baile y guardo en mi retina el día mágico en el que pisé por primera vez un gran teatro, en la función de fin de curso de la Academia de Danza de Lavapiés. Mi abuela aún veía y estaba inquieta por lo que allí iba a ocurrir; su nieta más pequeña, de las diez que tuvo, saldría al escenario inmenso y bailarían con toda la gracia y salero que tenemos en la infancia, cuando no hay complejos ni aturdimientos. Aquel día, junto a otros más, son los más hermosos de ese trocito de tiempo que conforma mi historia de vida.

Y mientras tomo una infusión con aroma a canela, se me viene a la memoria, a través del sentido del gusto y del olfato, el aroma de aquellas torrijas que ayudaba a hacer a mi abuela Enriqueta a principios de los ochenta, en la cocina de casa... Parece que la estoy escuchando ahora: «Niña, prepara un plato con azúcar y canela, que ya han escurrido...». Recuerdo sus manos, su piel fina y blanca... recuerdo el olor de su pelo, de su cuerpo, de su bata de casa... Recuerdo la inmensidad de sus besos y de su cariño. Si me apuro, hasta recuerdo, el diálogo sereno de mi madre y ella sobre el guiso

que iban a cocinar; cuántos dientes de ajo, cebolla, laurel, cuánto tiempo de cocción, cuál era el punto exacto en el que la comida estaba hecha... Cuántas recetas heredadas y guisos me ha dejado como herencia, y los que me quedan por recoger de su hija, mi madre. Recuerdo su mensaje, alto y claro: «Hacer algo provechoso en la vida, no quedarme quieta».

Quizá ella nunca lo dijo o expresó con estas palabras; quizá su mensaje era otro, sin embargo, siempre he sentido que el mensaje que mi abuela me transmitía era este precisamente: «No te quedes quieta ¡jamás!». En ello camino día a día. Y es así como, caminando entre sombras y dudas, poco a poco mi corazón me advierte de las dificultades que el alma tiene para andar, para sublevarse, para entregarse, para navegar y para la lucha...

Esa lucha que ellas vivieron antes y que he recibido y heredado en forma de palabras, mensajes y versos incluso. Supongo que no fueron años para la poesía, para la música, para el teatro... para todas aquellas artes que me atraen y a las que admiro. A veces me pregunto cuántos versos no se escribieron, cuántas canciones murieron sin ver la luz, cuánta poesía quedo enterrada para siempre en sus corazones, en sus almas... en las inmensidades de sus pensamientos.

Mujeres que no pudieron instruirse, que trabajaron la tierra con sus manos, que caminaron kilómetros y kilómetros, caminos inciertos, para poder dar lo más básico y necesario a sus hijos e hijas. Quizás todos aquellos deseos y anhelos que nunca expresaron, quizás todo lo que soñaron se quedó guardado en tinajas, muebles, quinqués, pozos, patios, parras plagadas de uvas...

Y para mi sorpresa, la tinaja que he tenido la suerte y posibilidad de recibir como un legado, contiene además otro objeto que acompañó a Enriqueta en su quehacer diario al pueblo vecino: un peso, una báscula de las antiguas que conserva aún el aroma y olor de aquellos años; cuántos kilos de tomates, pepinos, pimientos verdes y hermosos habrán pasado por ella. Cuántos diálogos de calle y de cotidianeidad guardara también este objeto en su memoria. Esa memoria que no está escrita, que es desconocida, que no se reflejó en los libros de historia de las universidades sobre la posguerra y la vida en los pueblos de Castilla *la Nueva*, como se llamaba La Mancha entonces.

Sin duda alguna, la memoria esta impregnada por la percepción de la vida que cada quien tiene y por eso, esa vida se refleja en las pertenencias que nos acompañan en el camino. Quizás esa báscula fue testigo mudo y callado, como mi abuela era en ocasiones, de todas las historias de vida que se cruzaron con ella en aquellos días. Supongo que la banda sonora de la vida de las mujeres que me antecedieron está cargada de simbología y estereotipos, de coplas y cantos populares sobre el amor, la vida, las penas del quehacer cotidiano.

Escucho ahora en silencio aquellas coplas antiguas que ambientaron la vida y me imagino a las jóvenes del pueblo bailando en la plaza en las fiestas, aquellos bailes simpáticos y sin mala intención como ese de «pa' un laito y otro». Recuerdo a mi madre y mi abuela tendiendo la ropa en el patio de la casa vieja. Blanca y suave la ropa se secaba al aire limpio y puro en el patio recién regado y fresco, sin contaminación de ningún tipo, ni siquiera las palabras estaban contaminadas... Cantan «Pena penita pena» juntas: cierro los ojos

y puedo sentir la fuerza de sus voces. Supongo que esa energía que me llega a veces procede de los recuerdos y de la nostalgia de esos retazos de vida que me componen. Cuántas veces se ha repetido la escena en mi «biografía sonora», esa banda sonora de mi vida que evoca la infancia pura de cantos y risas, de pasodobles y boleros, de coplas y cante jondo... resuenan a pasado y a presente, a ayer y a hoy...

Me digo a mí misma, en este ejercicio de introspección que estoy dándome la oportunidad y el permiso de realizar, que no fue fácil. La vida no fue cómoda y segura, lo único seguro eran aquellos días largos para labrar y cavar la tierra, esas tierras que ocupaban más de lo que mis ojos podían ver y que permitieron que no pasaran hambre en tiempos duros y difíciles. La tierra dura, y desagradecida en ocasiones, facilitaba cubrir el tiempo y la necesidad, aunque contaba con otras dificultades añadidas como las lindes de las huertas, los intereses económicos, los deseos y sueños de unos y otros...

La tierra, dueña y señora de la vida, desafiaba el día a día sin reparos y cargada de dolor y desasosiego. Sin embargo, bastaban cuatro palabras bien dichas, centrar las situaciones y las ideas para que todo volviera a estar sereno. Aunque sé a ciencia cierta que fue mucho lo que el corazón y el alma de las personas guardaron impasibles al paso de los años; mucho lo que se callaron por no protestar, por no molestar o dañar, por ser invisibles principalmente las mujeres.

Es de la tierra, del silencio poderoso de la tierra que también calla y también duele, de donde salió el barro de esta tinaja que me acompaña en mi relatar. De allá vengo y mis orígenes están clara-

mente vinculados a ella, quizás por eso me atraen todos los oficios manuales de las personas que me antecedieron: la cestería, la zapatería artesana, el campo. Supongo que si ellas me conocieran ahora, quizás no me entenderían o quizás sentirían alegría porque alguien recoja como un tesoro su legado y el aprendizaje que de su vida soy capaz de absorber.

La tierra y su legado, las historias contadas y calladas... Por eso, traigo la voz cargada de palabras, silenciadas y expresadas. Traigo la luz de otras voces y otros cuerpos, con su fuerza y su energía no reconocida. Vengo con las frases hechas, los verbos desconocidos, las rimas espaciosas y los versos sumergidos en un silencio presente y perpetuo, por años sin término.

Vengo cansada de recorrer caminos, calles y plazas, pueblos y ciudades... desde los años pasados, desde las miradas huecas y tiernas y siempre contradictorias...

Vengo de allí y de aquí, del ayer y del hoy: con mi mochila llena y repleta de dulces nombres de mujeres que me han precedido y enseñado. Y traigo su voz, su risa, su llanto aquí metido y anclado en mi alma.

Es mi corazón el que os ha hablado, son ellas las que a través de mí quieren que su voz se oiga; os han contado sus historias de vida, sus duelos, sus alegrías, sus silencios y sus sonrisas.

Y esta voz que ya no es mía desde hoy, sino de ellas. A ellas les pertenece y a ellas sirva de vehículo para que se las oiga y se las escuche. A ellas les debo muchas de las andanzas que ahora yo pongo en marcha. A ellas y solo a ellas, les debo este personal e individual homenaje desde lo más hondo de mi alma y de mis recuerdos.

Tal vez, la historia de vida de cada una de nosotras está además compuesta por los mensajes de las mujeres que estuvieron aquí antes y que nos ofrecieron su experiencia, lo que vivieron: no se trata de ponernos su vida como ejemplo; su vida es lo único que tuvieron, su fueguito ardiendo la vida con tantas ganas que encendían a quienes había a su alrededor... como bien diría Galeano.

Quizá no haya tenido sentido, o sí lo tuvo, escribir sobre mi experiencia y añoranzas. Sin embargo, siento aquí dentro que ha sido grato y especial plasmar a través de uno de mis cauces para expresarme —la palabra— mis sentimientos y así comenzar mi camino de nuevo, limpia y serena, sosegada y dulcemente, en compañía de la memoria de las mujeres que antes que yo hicieron camino, las que tanto me dieron y tanto me dejaron como herencia. Una herencia femenina, y quizá feminista, sin ellas saberlo.

Gracias a todas ellas por enseñarme a vivir. A ellas les debo mis ganas de luchar y de andar abierta al mundo y a las posibilidades que me lleguen, con su dulzura y su amargura, sonriente y generosa, como ellas. Esta es, pues, mi genealogía femenina.



SEGUNDO PREMIO

LAS PUPILAS DE SEPTIEMBRE

jesús pérez benítez



I

Dormía. Ajena a la furia palpitando en mis dedos, dormía.

Delicadamente, enrollé la cuerda alrededor de su cuello. Se movió suavemente.

Estiré de los extremos de la cuerda con todas mis fuerzas...

Abrió los ojos, como dos soles en llamas en mitad de la noche, en la penumbra de aquella habitación en la que tanto habíamos compartido. Gritó. Fue seco y desgarrador. Se agitó como un terremoto sobre la cama. Pataleó, me arañó los brazos. Sentí el escozor de sus uñas abriéndome brecha en la carne viva. De su garganta salían toda clase de sonidos guturales, mezclándose con la saliva que escupía sobre mi cara. Comprendí que no lo estaba haciendo bien, tardaría mucho, no apretaba lo suficiente. No era tan fácil como había imaginado. Estiré el brazo y cogí lo primero que alcancé de la mesilla. La golpeé con fuerza a la altura de la frente. Se movía demasiado. El segundo golpe fue seco, certero, con saña, sobre su

sien. El cenicero se partió en mi mano. La calma abrazó la estancia y caí al suelo. Jadeando, con los nervios mordiéndome los intestinos. Miré a mi alrededor. Agujas de luz, de las farolas de la calle, se colaban entre las grietas de la persiana. Acaricié su frente. Estaba caliente.

La observé, pausado, confuso. No sabía que hacer. Tenía que matarla de alguna manera. Habíamos hecho mucho ruido, sin duda. Corrí a la cocina. Cogí el cuchillo más grande que encontré y avancé decidido por el camino de regreso. Me quedé petrificado ante ella. Dejé caer mi arma de acero, inútil y cobarde. De repente, levantó un brazo. Me asusté. Y otra vez sentí aquella ira inyectándose en mis venas. Tiré de la almohada rápidamente. Su cabeza quedó sobre el colchón, con el pelo enmarañado sobre su rostro. La puse sobre su cara. Apreté con las dos manos, haciendo fuerza con el cuerpo inclinado hacia delante. Noté su aliento entrecortado bajo aquel manto de plumas. Volvió a sacudirse con fuerza, violentamente, sobre las dunas de las sábanas. Apreté más y más. Hundiéndome hasta las muñecas. Dejó de moverse.

No sé cuanto duró. Tal vez un puñado de segundos. A mí, se me hizo eterno. A ella, no lo quise pensar. Tuve la sangre fría de tomar su pulso. El corazón se me salía por la misma garganta. Debía estar muerta. Sí, la había matado.

II

Recuerdo el pueblo, derramándose en la ladera de la colina, con sus casas blancas y envejecidas. Los tejados de rojizas tejas, el

campanario de la iglesia en la parte más alta, orgulloso, contemplándolo todo. Alrededor de la iglesia un pequeño parque, inclinado también, refugio de amores adolescentes en las noches cálidas de verano. Desde allí se divisaba la llanura, dorados pastizales, hasta morir en el abismo de la línea del horizonte. En ese entorno crecimos Ana y yo.

Era menor que yo, dos años, una distancia abismal siendo niños, pero en la adolescencia, apenas un suspiro. Yo debía rozar los catorce cuando comencé a fijarme en ella de otra manera distinta a como la había visto anteriormente, con su falda azul y sus largas trenzas, correteando en el patio del colegio, comprando leche en el corral de Alfredo o en la vereda del arroyo, en tardes primaverales, paseando con sus amigas.

Yo por entonces vivía en casa de la abuela. En una de esas casas frías de grandes muros, con habitaciones interiores sin ventanas, con el retrete en el corral, en el que había una gran parra y un olivo. Mi padre emigró a Alemania. Venía algunos días en Navidad, pero creo que hizo su familia allí, aunque nunca me lo dijo. Madre murió muy joven, apenas recuerdo su imagen.

Ana vivía con sus padres y hermanas. Su padre fue alcalde muchos años y maestro de escuela. Su madre era ama de casa y cosía vestidos para eventos importantes, bodas y fiestas patronales. También tenía tres hermanas más, aunque la mayor abandonó el pueblo pronto para estudiar fuera y las más pequeñas poco salían.

Añoro aquella época. El baile de los domingos, los chapuzones en los canales de riego, la bicicleta, el relámpago en la mirada del que tiene los años por delante y la vida por esculpir.

III

Cuando salí a la calle, la noche espesa caía vertical sobre la ciudad. Una bruma gris envolvía las calles y la luz, de faros fugaces, llegaba granulada, débil. Era perfecto para pasar inadvertido. No me llevé el coche. Tenía miedo de que algún vecino me viera alejarme en el vehículo. Caminando era más sigiloso. Miré el reloj, pero no lo llevaba.

En mi cabeza encajaban las imágenes como en un puzzle desordenado. Mis piernas rígidas daban pasos cortos e inseguros. Serían las tres de la mañana, las cuatro... Estaba muy desconcertado, miraba a todos lados con recelo, intentaba recordar el motivo que me llevó a matarla, la verdad es que no me acuerdo de la causa por la que empezó todo...

Estaba viendo la televisión, era tarde. Ana llegó con ese vestido que le regalé en nuestro cuarto aniversario. Había tenido una cena con los compañeros del trabajo. Me jode mucho que salga con los compañeros de trabajo, son casi todos hombres, atractivos, emprendedores, afortunados, inteligentes... ¡qué asco!

De repente me sobresalté. Al llegar al cruce de la estación de autobuses, varias personas caminaban con sus maletas, buscando algún taxi libre. Pensé de dónde vendrían para llegar tan tarde. Intentaba recordar lo que sucedió...

Ana me dio las buenas noches y pasó ante mí, sin apenas mirarme. En el ambiente se mezcló el perfume, seguramente acababa de ponérselo en el ascensor, tal vez para disimular el olor a humo prendido en la ropa. No pude evitarlo. Se me nubla la vista y los malos pensamientos llegan como un zarpazo, golpeándome la

cabeza. El estómago me arde, miles de alfileres me cosen todos los poros de mi piel y pierdo la cordura.

No puedo evitarlo... No quiero evitarlo...

Al llegar a la habitación estaba dormida. La curva de su espalda se marcaba sensual. La misma espalda que tantas veces le pinté de besos. Entonces estalló la rabia, veloz. La posibilidad de que otro hombre la hubiese acariciado unos minutos antes.

Sí. Así empezó todo. Ya lo recuerdo. Eso me trajo aquí.

IV

Con dieciocho años Ana dejó el pueblo y vino a estudiar a Sevilla. Yo llevaba dos años en la ciudad, en un viejo piso en la calle Cuna. Puedo asegurar que fueron los años más felices.

Compartimos, uno tras otro, todos los atardeceres. Al salir de la Facultad paseábamos por la orilla del Guadalquivir, entrábamos en polvorientas librerías de segunda mano, abarrotadas de libros des-catalogados, terminábamos sentados bajo el reflejo de las luces de algún escaparate, enterrados en la mirada el uno del otro.

Ana tenía ese brillo en las pupilas que le hace a uno sentir nostalgia de su tierra, como el beso de principios de otoño, justo al filo del verano agónico. Por eso a veces la llamaba *Septiembre*, ese mes parecía habitar bajo sus párpados.

Las visitas al pueblo se fueron perdiendo en el tiempo, cada vez nos costaba más salir de nuestra nube imantada que sostenía todos nuestros sueños en una vida nueva, juntos.

Todo me parecía mal. Al instante todo me parecía bien. Pensé en esconderme en el pueblo, aunque hacía varios años que no iba por allí, desde que murió la abuela, y la casa debía estar en muy mal estado, además, tendría que volver a por las llaves.

Pensé en ir a buscar el coche, pero el miedo a que hubiesen avisado a la policía me paralizó de nuevo. Podía coger un tren, pero a estas horas no creo que hubiese y tampoco podía irme a cualquier parte sin establecer un pequeño plan; me estaba dejando llevar sin rumbo y eso no era bueno.

Las dudas y el miedo se colaron en todo mi cuerpo, estaba muy nervioso, atascado, no pensaba con coherencia. Encendí un cigarrillo y aspiré con ansia, esparciendo por mis pulmones el humo alquitranado, a bocanadas. Debía volver. Tenía que poner final a esta historia, ni siquiera sé si estaba muerta, y ese pensamiento me iba erosionando por dentro, muy poco a poco, las entrañas.

Decidí regresar, no me había alejado tanto de casa. Aún no había la más mínima señal del amanecer y una frágil neblina seguía difuminando el fondo de las calles. No había movimiento, el eco de alguna sirena lejana cortando la madrugada como una navaja.

Al llegar a la esquina de la pastelería ya divisaba mi edificio a lo lejos. No había luces de ambulancia o policía. Todo estaba envuelto en una calma aparente, como la que deja el mar pausado después de una enorme tormenta.

Muy poco a poco, de portal en portal, sin dejar de mirar el vacío gris del fondo, como un gato desconfiado, fui ganando terreno.

Me asusté de mis propios latidos, como un tambor de truenos en la tormenta, con las articulaciones agarrotadas, la sangre corriendo suicida por las arterias a velocidad de vértigo. Era una sensación que incluso llegaba a saborear en mi paladar.

VI

Terminada la carrera universitaria busqué trabajo, ya que a Ana le quedaban dos cursos y yo quería seguir con ella. Fueron tiempos difíciles debido a que mi padre dejó de enviarme dinero por aquella época y ya perdí cualquier tipo de contacto con él. Por otro lado, abuela comenzaba con sus problemas de salud, que terminarían con ella pocos años después.

Así comencé a trabajar en una pequeña tienda de cerámica en la céntrica calle Sierpes. Me encantaba estar todo el día entre piezas recién pintadas, modeladas, descubriendo sus imperfecciones. Además, la calle era un transitar acompasado de gente a todas horas del día, como un gran río caudaloso, con sus tiendas de rótulos luminosos en el anochecer y su olor a incienso que te cala hondo hasta los huesos.

La tienda siempre estaba llena, la mayoría de veces eran turistas que miraban sin comprar nada, pero era realmente entretenido. Lo peor era el sueldo. Con un contrato de aprendiz de auxiliar de dependiente, me daba lo justo para mi parte de alquiler, luz y comida. Así que tenía que hacer auténticas peripecias para salir a cenar o ir al cine.

Ana seguía con sus clases, sus trabajos y con la sonrisa hilvanada en su rostro cada vez que volvía a casa y yo la esperaba con la cena recién hecha o el agua caliente preparada para bañarnos juntos. Los días eran especialmente bellos en primavera.

Con el buen tiempo, nos veíamos un poco obligados a regresar al pueblo a visitar a la familia. Ana lo hacía algunos fines de semana, se iba el viernes y volvía el domingo. Yo la acompañé en contadas ocasiones ya que solía trabajar los sábados y, confesaré también, no quería volver para no ver a la abuela hundida en una butaca, con su pelo de luna de cal recién peinado, sus manos torpes, su voz ahogada, y la luz de sus ojos desprendiéndose de su mirada poco a poco. Ella siempre fue un disparo de energía, de aquí para allá, con sus pasos cortos y acelerados, siempre tenía algo que hacer.

VII

Al llegar junto al portal pensé que iba a marearme. Me di cuenta que había acumulado mucha tensión en apenas unas horas. Comencé a repasar mentalmente los sucesos de aquella noche pero bailaban sin orden, como un remolino en mi mente que no me dejaba actuar con sensatez.

Abrí la puerta de hierro y entré a oscuras. Me detuve junto a los buzones. No era buena idea hacer ruido subiendo en ascensor. Peldaño a peldaño. Camino al purgatorio, al infierno, pensé en Dante, en mitología y divinidades, en pozos y abismos, en las almas atrapadas para la eternidad, en la cárcel, en los funcionarios de prisiones, en el abogado, en el juez acusándome de asesinato con

premeditación y alevosía, en los compañeros de celda, en la familia de Ana, en la gente del pueblo, en los compañeros de estudios, del trabajo...

Escalón a escalón... segundo piso... la lengua inerte, los labios secos, la boca con espinas, el estómago en ebullición, los pulmones oxidados, los pies de plomo... tercer piso... las sombras de las paredes, el ruido del edificio que se queja, un destello en la ventana del rellano, un motor, un eco de voz, una cisterna... cuarto piso.

Rocé la cerradura con la llave. Me pregunté que es lo que había hecho. Estaba loco. Estaba a tiempo de marcharme, de coger un avión, de empezar de nuevo en Argentina o en Venezuela, tal vez ocultarme en los montes cercanos al pueblo. Pero no podía. No. Tenía que saber si estaba muerta. Yo quería que estuviese muerta. Quería entrar y saborear su piel fría, el cuerpo blanco. Al fin y al cabo fue culpa de ella. Eso es. Ella se lo buscó. Ella me empujó. Se perfumó antes de entrar en casa. Eso la delató. Ana estaba con otro y no se lo iba a permitir. Iba a entrar en la habitación y rematarla si es que aún tenía un hilo de aire dentro de ella.

Nuevamente me cegué.

VIII

El día de nuestra boda llovió a cántaros. Las nubes eran espesas y oscuras desde primera hora de la mañana. Unos minutos antes de la celebración, comenzaron a rugir sus tripas y un saltar de palomitas en el tejado sirvió de prelude al gran aguacero.

Desde la casa de la abuela apenas había doscientos metros. Una calle en pendiente que terminaba ante la puerta de madera de la vieja iglesia. Allí estarían esperando gran parte de los familiares y amigos, bajo sus paraguas multicolores o dentro del bar de Lola, unos pocos pasos más allá.

Abuela estaba muy desmejorada, aunque ese día lució la mejor de sus sonrisas, que terminó siendo la última que vi de ella. Falleció unos días después, justo en el regreso de nuestro viaje de luna de miel. Del aeropuerto volvimos al pueblo sin pasar por el hotel. La iglesia, que dos semanas antes rebosaba alegría en nuestro enlace, nos recibía ahora cabizbaja y herida.

Volviendo a la celebración diré que Ana entró preciosa y radiante. Fue el instante más feliz de mi vida. Ya sabía que siempre sería mía. Mientras, el viento y los relámpagos azotaban el cielo con furia.

Los primeros años de casados fueron felices, buscando encontrar nuestro sitio. Un piso, muebles, cambios laborales, futuro, flores por aniversario, sueños en los bolsillos, el porvenir.

Después, todo cambió. Buscamos un hijo que no llegaba y Ana comenzó a agobiarse con los años, la edad, el instinto maternal. Simplemente nos distanciamos y las horas en común comenzaron a ser lentas y dispersas, las conversaciones ya no se abrían como rosas, ni compartíamos la ducha. Llegaron sus salidas nocturnas y las cenas de trabajo.

Despertó la fiera que llevo dentro. No sé si nació así sin más, quizás siempre la tuve dentro, hibernando, esperando su momento.

IX

Por fin acerté con la llave. Cerré la puerta muy despacio. Avancé sigilosamente por el pasillo. Todo estaba en calma. Todo. Tal como lo dejé. Me fui deteniendo en cada paso. A la derecha la cocina, en penumbras. Un cajón estaba abierto. Recuerdo que cogí un gran cuchillo, pero no sé si fue de ese cajón. No estaba centrado, tenía que dejar ya de darle vueltas a todo. Otros tres pasos. Cuatro. Cinco. El salón a mi izquierda. Apenas una fina luz débil se abría paso entre las cortinas. Me pareció ver objetos por el suelo, no quise darle importancia. Cuando me levanté de allí antes de ir a la habitación de Ana podía haber tirado algo. No lo sé. Unos pasos más. Ya estaba llegando. La respiración me atragantaba. La puerta estaba entreabierta. Me detuve junto al marco. Me apoyé sobre la pared. Noté que tenía mojada la espalda. Hacía frío. Pero me podían los nervios y sudaba.

Puse una mano en el marco y con la otra empujé suavemente la puerta. Se fue abriendo lenta, como los girasoles en la mañana. Al fin, pude adelantarme un poco y visualizar parte de la cama, la ventana, el armario abierto, la ropa revuelta. Me desconcerté mucho. Entré de golpe.

Allí estaban los trozos de cenicero. La cama revuelta como un mar picado. El cuchillo en el suelo.

¡Ana no estaba!

Comencé a maldecir, a reírme nervioso, a buscar debajo de la cama, a llevarme las manos a la cabeza, a lanzar puños al aire. Esto lo cambiaba todo. A estas horas estaría en la comisaría, me estarían buscando. Tendría que huir de allí lo antes posible.

Entonces me calmé. Me senté un momento. Miré con calma buscando respuestas.

Los armarios estaban abiertos y la ropa de Ana había desaparecido prácticamente toda. No estaba su bolso ni su teléfono, ni su libro, ni su agenda; todo lo que dejaba minuciosamente colocado cada noche sobre su mesilla. Me entró el pánico. Me subí a una silla para ver los altillos y me percaté de que no estaba una de las maletas.

Esto quería decir... que no la maté. ¡Está viva! ¡Maldita!

Ha escapado. Seguramente esté en la comisaría del barrio. Tenía que salir lo antes posible.

X

Si me preguntasen si soy una persona violenta, diría que no. No, rotundamente.

Siempre fui una persona normal. Tuve una bonita infancia en el pueblo, aunque faltaran mis padres. Crecí sano y fuerte. Estudié una carrera. Me considero un persona culta. Me enamoré de la persona que quise enamorarme, quiero decir que mi amor fue correspondido. Tuve esa suerte. Hay mucha gente que ama a solas.

Yo lo tuve todo. Sin embargo, siempre noté que había algo dentro de mí que me cambiaba la manera de ver las cosas cuando alguien tocaba lo que era mío.

Supongo que eso no es excusa. Ni siquiera sé si Ana me pertenece. Ella se casó conmigo, aunque supongo que eso no me da derecho a ser su dueño.

Ahora me encuentro delante de un maravilloso paisaje. Está amaneciendo. El sol se despereza sacando sus tentáculos en el horizonte. Estoy en un gran embalse. El agua parece un cristal y algunos peces nadan a flor de agua, mostrando sus lomos plateados. Del otro lado de la presa: el vacío. Un pequeño arroyo entre las rocas, como una serpiente alargada. Una caída libre de más de cien metros. Una muerte segura.

Podría afrontar las cosas como vienen.

Y salir a la gran feria que es el mundo a buscar mi lugar. Pero en cada andén pensaré en ella, cada tren que tome pensaré en ella, cada niño que vea pensaré en ella...

Ella es mía, sí. Ella no tiene derecho a ser feliz.

XI

Cuando salía de la habitación me di cuenta del papel que prendía colgado del espejo de la pared. Tenía muy mala caligrafía, letras que bailaban temblorosas, pero esto es lo que venía a decir:

Seguramente has vuelto a casa. Te conozco lo suficiente. No puedes dejar nada a la improvisación. Recuperé el conocimiento cuando saliste por la puerta. He tenido tiempo de hacer la maleta y de recoger mis cosas personales. Lo demás no me interesa, todo es material, muebles, electrodomésticos, coche... puedes quedártelo todo, hasta las fotos de nuestra boda. No quiero nada que esté impregnado de ti.

La cena de esta noche no fue una cena cualquiera. Fue la cena de despedida de Javier, ya lo conoces, le han dado un ascenso y en unas horas toma un vuelo a Canadá. Por si aún no lo tienes claro, te diré que me voy con él. Que lleva dos años dándome el amor que no me dabas tú, sabiendo escuchar paciente mis inquietudes. Tendré con él los hijos que no tuve contigo. Porque soy una mujer con derecho a reír, a soñar, a levantarme cada mañana sin miedo. Volver a vivir, simplemente eso.

Ni siquiera voy a denunciarte. Se borrarán estas marcas en mi cuerpo y con ello se irá cualquier rastro de ti.. Pero a ti nunca se te borrará del alma el saber que soy feliz, que vivo con otro, que tendré lo que tú nunca podrías darme. Esa es tu condena. Te conozco muy bien y sé que no podrás soportarla.

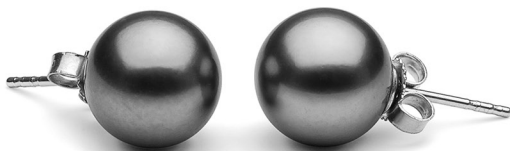
Lo peor de todo es que tenía razón. Al final ella me ha matado a mí. Mientras, sus pupilas de *Septiembre* contemplarán asombradas un futuro nuevo.



PREMIO LOCAL

PERLAS EN PLATA

Juan José Tapia Urbano



María recogía las aceitunas casi como si de un juego se tratase. Su insultante juventud provocaba que el frío y la humedad que calaba los huesos de quienes realizaban aquella pesada labor, para ella no supusiesen nada más allá de la obligación de abrigarse a conciencia. Su madre le regañaba cada vez que se le iba el santo al cielo, pues bastaba que un pájaro se posase sobre la rama de un olivo para que su atención volase con él a lugares lejanos, descuidando el trabajo que habría de llevar el pan a una mesa de lo habitual poco pródiga en comida.

No obstante, no eran las aves quienes más llamaban su atención, pues poco podía hacer por evitar que sus ojos siguiesen el devenir del caballo del señorito cuando este pasaba entre quienes trabajaban por un jornal de sol a sol. Se preguntaba si sería la única muchacha a la que le dedicaba unas sonrisas que ella se apresuraba por devolver, no porque su educación le obligase a ello, sino porque era incapaz de hacerla desaparecer en su presencia. Tan solo las miradas inquisitivas de su madre conseguían devolverla a la tierra,

aunque el efecto duraba tan solo el tiempo en que sus ojos se volían a encontrar con los del joven hijo del patrón.

Aunque María ponía de su parte para no contravenir las advertencias de su madre, ya en el cortijo no resultaba difícil encontrar al gallardo joven buscando la ocasión de encontrarse con ella con la excusa más peregrina.

—¿Por dónde andas, María? Esta casa no es tan grande, pero cualquiera diría que no vives en ella.

—¡Ay, señorito Javier, no es eso! —respondió la muchacha, azorada—. Esto no puede estar bien, y usted lo sabe. ¿Qué pasaría si el padre de usted se entera de...?

—¿Y quién se lo iba a decir, tú? Porque puedo asegurarte que yo, por mi parte, no tengo la menor intención de ir a hablar con él. ¿Por qué me rehúyes, María? ¿No ves que yo quiero lo mejor para ti? —dijo el muchacho acercando su rostro al de ella, que se apresuró en retirarlo, haciendo ímprobos esfuerzos por mantener la distancia entre ambos.

—Si eso fuera como usted dice, no me buscaría de este modo. ¿No ve que esto sólo puede traer problemas para los dos?

—Yo no sé si puede traer problemas, lo que sé es que, de momento, a ti te ha traído esto.

Javier metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, mostrando ante los ojos iluminados de la chica unos pendientes como nunca antes había visto. Dos grandes perlas engarzadas en plata, daban forma a unas joyas que ella jamás creyó poder contemplar tan de cerca.

—¡Señorito Javier, no puede estar usted hablando en serio! Usted se burla de mí. Seguro que va a regalarle esa preciosidad a alguna amiga suya de Córdoba. No está bien que se ría de mí de esa forma.

El beso que siguió cogió de improviso a la muchacha, pero tras la sorpresa inicial no hizo por separar sus labios de los de él; no necesitaba más para creerle.

La primavera había llegado con una explosión de color que ayudaba a olvidar los rigores del invierno. Sin embargo, para la familia de María la nueva estación traería consigo una calamidad que habría de ponerles a prueba, en una época en la que las penurias propias de la posguerra aún eran palpables en el día a día.

—¡A ver, Jerónimo Luque, ya estás saliendo de este cortijo con toda tu familia! —gritó el capataz mientras entraba por la puerta de las pobres dependencias donde María vivía junto al resto de su familia—. ¡Y arreando, que no quiero tener que llamar a la guardia civil!

—¿Pero qué significa esto, señor Castrillo? —preguntó sobresaltado el cabeza de familia, saltando de la cama donde dormía junto a su esposa.

—¡Órdenes del patrón! No quiere que ninguna fresca viva o trabaje en sus tierras —diciendo esto dirigió una mirada hacia María, que como el resto de sus hermanos, acababa de despertar—. Yo lo siento, Jerónimo, porque tanto tú como los tuyos trabajabais bien, y no tenía queja de vosotros, pero sabes bien que también yo soy un mandado, y mejor tú que yo, ya me entiendes.

—¡Ay, Jerónimo! ¿Dónde vamos a ir ahora, qué podemos hacer? —gritaba la madre llevándose las manos a la cabeza.

—¡Vamos, vamos, que no tengo todo el día! El patrón me ha mandado que esta habitación se quede vacía inmediatamente. Tienen que venir otros a ocuparla —exclamó el capataz mientras iba empujando a los chicos fuera de la casa sin miramientos, agarrándoles por el brazo.

—¡Tenga usted cuidado con María, señor Castrillo! ¿No ve que está...? —La madre calló antes de pronunciar la palabra.

Nada habían dicho fuera de la familia, pero las mujeres que trabajaban con ellos las tierras de don Arturo sabían interpretar las señales, y una chica que daba muestras de aquel malestar, aunque su tripa aún no fuese delatora de su estado, proporcionaba demasiadas pistas.

Recogieron sus pocas pertenencias de forma atropellada, siempre bajo la atenta mirada del capataz y algunos hombres que le ayudaban a manejar aquella tensa situación. Jerónimo nada dijo, pues sabía que no se podía razonar con quienes se limitaban a seguir unas directrices marcadas por alguien para quienes él y su familia no representaban más que una mano de obra barata de la que podía prescindir de un día para otro, pues eran muchas las familias que acudirían prestas a ocupar su puesto, trabajando incluso a cambio de jornales aún más miserables.

María caminaba con la cabeza gacha, sabedora de que era ella la causante de las penurias de los suyos, aunque no entendía el mal que podía haber hecho para merecer aquel trato. Dirigió su mirada hacia las dependencias donde habitaban los señores, y gritó el nombre de Javier a pleno pulmón, esperando que lo que él decía sentir por ella le llevase a acudir en su ayuda, pero tan solo recibió una bofetada por parte del capataz, que le mandó callar.

Un testigo silencioso observaba la escena desde una ventana. Era el temor a la figura paterna lo que le impedía reaccionar, aunque en su interior sentía cómo le hervía la sangre. Javier veía cómo la muchacha que había sabido despertar en su corazón unos sentimientos que desconocía, salía de su vida, mientras él se limitaba a permanecer allí, de pie. Por primera vez en su vida, sintió un profundo rencor hacia su padre, que no estaba dispuesto a permitir una relación que en nada podía beneficiar a su hijo, según le había hecho saber, pero aún mayor fue el odio que sintió hacia María, pues gracias a ella, Javier había sabido de su pánico a enfrentar los problemas; ella, con toda su inocencia, había puesto de manifiesto su pusilanimidad, y eso era algo que él jamás podría perdonarle.

El futuro que aguardaba a María no se presentaba muy halagüeño. La vida de una madre soltera podía resultar demasiado dura para las espaldas de una joven que no hacía mucho aún jugaba correteando por los patios, pero el apoyo de su familia, que siempre estuvo junto a ella, apoyándole en cuanto pudiera necesitar, le ayudó a afrontar la dura prueba con un mejor ánimo de espíritu. Cuando Estrella vino al mundo, María se juró que su hija nunca habría de pasar por los padecimientos que ella había conocido, y al igual que habían hecho sus padres por ella, nunca la abandonaría si el infortunio fijaba sus ojos en ella.

Aunque la pequeña siempre quiso ayudar para llevar dinero a una casa donde este duraba el tiempo de depositarlo sobre el mostrador del ultramarinos, su madre nunca permitió que abandonase los estudios para trabajar junto a ella en el campo, pues no quería que también ella dependiese de la voluble voluntad de un terrateniente, para quien el dinero estaba por encima del bienestar de las

personas. Así fue como Estrella llegó a ocupar una plaza de maestra en el pueblo, haciendo de María la madre más orgullosa.

Estrella era la primera mujer que enseñaba en la escuela, y aunque hubo de enfrentarse a las reticencias de algunos padres incomprensivos, que no creían que ella fuese capaz de infundir en sus hijos el respeto que a un hombre se le suponía, su buen hacer no tardó en quitarles la razón a las mentes obtusas que hasta el momento habían tratado de impedir que desempeñase su profesión como cualquier otro profesor. Allí donde otros mantenían una dura disciplina a base de golpes de regla y tirones de oreja, ella había sabido ganarse el cariño de sus alumnos haciendo aquello para lo que se había preparado: educar.

Aunque toda su atención estaba centrada en sus niños, como a ella le gustaba llamarles, también el amor llamó a su puerta. Estrella había heredado la hermosura de su madre, y no era extraño ver a algún joven merodeando por la escuela a la hora en que salían los chiquillos, aunque ellos no fuesen a recoger a ninguno. Fue así como conoció a Ramón, que trabajaba en las tierras de don Arturo Mendoza, del mismo modo que había hecho su madre antes de que ella naciera. Al principio le había parecido un muchacho impertinente y descarado, que no hacía más que molestarla mientras ella estaba ocupada en otros asuntos. Sin embargo, cuando no lo tenía alrededor, revoloteando, echaba algo en falta, aunque no sabía qué. El día de la boda de su hija fue uno de los más felices en la vida de María, que sabía que ella nunca habría de pasar por el altar. Lloró como una magdalena, aunque Estrella se encargaba de enjugar sus lágrimas y cubrirla de besos.

María había comenzado a experimentar lo que nunca creyó llegar a conocer, por estarle vedado: la felicidad. Se reflejaba en los ojos de su hija, y se veía realizada a través de ella, pero parecía haber algo en su sino que se empeñaba en poner obstáculos a su prosperidad y su dicha; ese algo tenía el nombre de Javier Mendoza, que a la muerte de su padre se había convertido en el mayor hacendado del lugar, y hacía y deshacía a su antojo, actuando con la impunidad que le proporcionaba el beneplácito de la autoridad.

Lo que había comenzado siendo tan solo un rumor, no tardó en convertirse en una realidad. Hacía años que don Arturo había cedido un edificio de su propiedad para que en él se estableciese la escuela del municipio, donde los niños recibían sus clases; así había sido hasta que su heredero creyó llegado el momento de destinar el local a un uso más beneficioso para sus intereses y los de sus pudientes colegas. Hacía tiempo que echaban en falta un local donde poder reunirse a departir de sus asuntos, un lugar donde poder tomar una copa en buena compañía, acorde a su clase social, y la privilegiada ubicación de la escuela hacía de ella la candidata idónea para ser destinada a tal uso.

La indignación llevó a las madres de los alumnos a interponerse en el camino de las máquinas dispuestas a derribar el edificio para levantar en su lugar el club social que don Javier ansiaba, y a la cabeza del grupo marchaba Estrella, cuya conciencia le impedía mantenerse al margen en un asunto que atentaba directamente contra el bienestar del pueblo. Sin aquella escuela, los niños se verían obligados a desplazarse a diario a las localidades vecinas, con el gasto que ello conllevaría para unos padres que en su mayoría trabajaban en el campo a cambio de una miseria.

El éxito inicial de aquel grupo de mujeres, que consiguieron detener a los operarios, quedó en nada cuando la guardia civil hizo acto de presencia. Aunque don Javier no tenía mando sobre ellos, todos sabían quién movía los hilos, y que aquellos hombres actuaban poco menos que como su ejército particular. El terrateniente en persona hizo acto de presencia, acompañado por su hijo de nueve años, cuando la masa ya había sido apartada a un lado y las máquinas comenzaban a hacer su trabajo, dejando a la vista los pilares de un edificio que tenía los minutos contados.

—¡Don Javier, usted no puede hacer esto! ¡Piense en los niños, piense en su futuro!

El aludido se interesó por la identidad de la mujer que con tal vehemencia gritaba, destacando entre el resto de mujeres.

—¿Quién es esa muchacha que grita de esa forma?

—Es Estrella, señor —se apresuró a contestarle el sargento Perales— una maestra. Es hija de María Luque. Dicen que la crió ella sola, nadie supo nunca quién era el padre, ni ella lo dijo.

Don Javier se quedó de piedra al escuchar aquellas palabras. Hacía años que no oía mencionar el nombre de María, y sintió cómo un escalofrío recorría su cuerpo. Después de que abandonase el cortijo, nunca más había sabido de ella, pues su padre le había insistido en que la olvidase, diciéndole que no se había tratado más que de un capricho de juventud. Y ahora tenía allí, frente a él, a su hija. ¿Cuántos años podría tener? Don Javier buscó un lugar donde poder sentarse, pues había tenido una intuición que hizo que le temblasen las rodillas.

—¿Qué le pasa, padre? ¿Se siente mal? —le preguntó Miguelito, que no estaba acostumbrado a verle en aquel estado.

—No pasa nada, hijo, es solo un mareo. Supongo que me estoy haciendo viejo.

Si su memoria no le fallaba, habían pasado veinticuatro años desde aquel suceso, justo la edad que aparentaba la muchacha. Se dijo a sí mismo que no podía ser cierto, que debía estar equivocado... ¡María se lo habría dicho, ella le habría dicho que esperaban un hijo en caso de haber sido así! En un momento entendió el motivo que llevó a su padre a expulsar a aquella familia de sus tierras, y el odio le consumió.

Don Javier miró nuevamente a Estrella, con lágrimas en los ojos, y dio media vuelta, dejando atrás su pasado. Trató de borrar de su mente los pensamientos que comenzaban a martirizarle, diciéndose que no había nada que él pudiera haber hecho, ni siquiera en caso de haberlo sabido. Se dijo que ya era tarde, y tras montar en su coche junto al que hasta entonces había creído su único hijo, le dijo al chofer que le llevase de vuelta a su hogar, en el campo.

Cuando Estrella entró en su casa, estaba descompuesta. María se asustó, y se apresuró a estrecharla en sus brazos.

—¿Qué ha pasado hija, cuéntame? ¡No me digas que al final fuiste a...!

—¿Y qué querías que hiciese, que me cruzase de brazos, que dejase que pisotearan la dignidad de esa pobre gente? ¡La han tirado, mamá, han echado abajo la escuela! —exclamó la muchacha rompiendo a llorar.

—Tranquilízate hija, eso ya no tiene remedio. Lo hecho, hecho está. Pero tú deberías pensar en ti, y en tu marido. ¿No entiendes que no te conviene enfrentarte a don Javier? ¿No ves que lo único que puedes conseguir es que tome represalias sobre Ramón,

echándole a la calle? Y créeme que sé bien de qué te hablo, pues también tu abuelo trabajó para su padre, don Arturo Mendoza, y esa fue la recompensa que obtuvo por tantos años de sacrificio trabajando en sus tierras. Ahora tienes que mirar por vosotros dos, por vuestro porvenir.

—No, mamá, por nosotros tres —dijo Estrella llevándose la mano a la barriga.

María se quedó muda durante unos instantes, hasta que fue capaz de reaccionar:

—¡Ay, Dios mío, qué alegría más grande! ¡Otro Luque en el mundo!

Si Estrella había sido la primera de la familia en cursar una carrera, la pequeña Sara siguió sus pasos, que la llevaron a estudiar en el extranjero, merced al programa Erasmus. Después de pasar unos años en Madrid, quiso retornar a sus raíces, por lo que, un buen día apareció en casa de su abuela María:

—¡Abuela, ¿a que no sabes quién acaba de llegar al pueblo?! Me han dicho que es una chica muy inteligente y atractiva.

La anciana dejó lo que estaba haciendo en la cocina y se dirigió hacia la puerta para ver de quién se trataba, pues no oía muy bien.

—¡Ay, válgame la Virgen del Rosario! ¡Niña, benditos estos viejos ojos cansados que te ven! Ven aquí, que te tengo que dar todos los besos que te tengo guardados.

La vieja mujer encerró a su nieta en una serie de abrazos infinitos que a punto estuvieron de estrangularla.

—¿Cómo es que has venido sin avisar? Eso no se hace, Sara, me has pillado sin nada preparado. Te hubiera hecho gajorros, que sé que te gustan.

—No te preocupes abuela, que vas a tener todo el tiempo del mundo para hacerme todas las comidas y los dulces que quieras. Me mudo a vivir aquí, contigo... si a ti no te importa, claro.

Los ojos se le llenaron de lágrimas a María, que no podía ser más feliz. En aquel momento hubiera deseado que Estrella pudiera verlas, pero sabía que de algún modo las observaba desde el Cielo. Después del trágico accidente de tráfico que había arrancado a su hija y su yerno de su lado, solo la vuelta de su nieta podía hacer que la felicidad retornase a su vida.

No obstante, una sombra volvió a cernirse sobre ella cuando Sara le comunicó su intención de pedir trabajo en la clínica veterinaria que dirigía Miguel Mendoza, el hijo de don Javier, que sólo esperaba a heredar el fabuloso patrimonio familiar para dejar una ocupación que no le resultaba especialmente atractiva; lo suyo no había sido vocación, precisamente. Su padre era viudo, y el hecho de ser hijo único le aseguraba el total de la herencia familiar. La suya era la única clínica veterinaria de la localidad, por lo que Sara tampoco contaba con muchas opciones para elegir, y aunque su abuela se había encargado de advertirle en relación a aquella familia, la joven licenciada no tenía por norma achantarse frente a los desafíos.

—Veo que cuenta usted con buenas referencias. Tiene un buen dominio del inglés, aunque eso realmente aquí no le va servir de mucho; nuestros animales no hablan. También ha trabajado en una clínica de Madrid. Por esta carta que me trae, parece que su jefe estaba contento con usted.

—Así es —asintió Sara pasando por alto el tono condescendiente del dueño de la clínica—. Me insistieron para que me quedase, pero ya sabe, la llamada de la tierra y eso que dicen. Además, intuyo que

aquí podré trabajar con algo más que perros y gatos, ya me entiendo.

—Le pidieron que se quedase, y sin embargo, prefirió lanzarse a la aventura. Esas cosas a veces salen bien, y a veces, la mayoría, salen mal. Seré franco con usted, señorita Luque —a Sara no le gustaba eso de “señorita”, pero prefirió guardar silencio, dadas las circunstancias—: no creo que presente usted el perfil que se requiere en un ambiente rural como el nuestro. Usted misma acaba de decir que trataba sobre todo a perros y gatos, y aquí tenemos animales más grandes, la verdad. No sé, yo necesito hombres que tengan lo que hay que tener para manejar a esas bestias, no sé si me sigue. —Miguel Mendoza rezumaba machismo por todos los poros de su piel.

—Perfectamente. ¿Por qué no me pone a prueba? No creo que tenga nada que perder, y puede que incluso se sorprenda.

—Siento disentir con usted en ese punto, pues mucho me temo que perdería mi tiempo, y no sabe usted en cuánto lo valoro. Ahora, si no le importa...

Miguel señaló en dirección a la puerta de su despacho, y Sara hubo de morderse la lengua para no decirle todo lo que pensaba de sus ideas retrógradas y trasnochadas. Se levantó de la silla como un resorte, y cerró la puerta tras ella dando un portazo que hizo temblar la estructura entera del edificio.

Le llevó unos días reponerse de aquel mal rato, pero se dijo que no había nacido el hombre que le impidiese llevar a cabo sus sueños. De este modo, ni corta ni perezosa se personó en una entidad financiera de la pequeña localidad para pedir un préstamo con el que poder abrir su propia clínica.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó el empleado de banca.

—Quería pedir un préstamo personal para abrir un negocio aquí, en el pueblo.

—Entiendo. ¿De qué tipo de negocio estamos hablando?

—Quiero establecerme como veterinaria. Necesito alquilar un local, comprar aparatos de uso clínico, un ordenador, material de papelería, un poco de publicidad, ya sabe...

Sara había llegado de Madrid con lo puesto, pues su sueldo allí se le iba en pagar el alquiler de su apartamento y en la comida. Sabía que la paga de su abuela tampoco daba para más, y no estaba dispuesta a recurrir a ella para sacar adelante su negocio. La negativa del banco le cogió por sorpresa, dado que les había presentado un plan de lo más viable. De algún modo, desde un primer momento había tenido la sensación de que aquel hombre llevaba la palabra «no» escrita en la frente. Le pareció extraño, cuando menos.

Cuando María supo lo ocurrido, no le costó hallar una explicación. Para ella estaba claro que Miguel Mendoza no quería competencia en su zona, y se había encargado de mover los hilos para desembarazarse de ella, merced a la influencia que su padre, don Javier, seguía manteniendo en el pueblo, pese a la llegada de la democracia y los supuestos avances en materia social. La anciana sabía que aquello no pararía allí, no se contentarían con eso; si Sara conseguía establecerse, acudiendo a algún banco de fuera del pueblo, que no estuviese contaminado por los Mendoza, estos se encargarían de que nadie acudiese a ella para solicitar sus servicios. Después de todo, más de la mitad de los habitantes del pueblo trabajaban, directa o indirectamente para él, ya fuese en sus tierras o

en los negocios que con los años habían venido estableciendo, y lo tenían muy fácil para ejercer presión sobre ellos.

María había dejado que la humillasen cuando la echaron junto a toda su familia del cortijo de los señores, hacía ya cerca de sesenta años, pero entonces era joven e ingenua, y permaneció callada por no perjudicar a los suyos. Dejó que pasasen por encima de su hija, derribando la escuela sin que ella acudiese a su lado, a oponerse a la voluntad de quienes tenían el poder, pero creyó que hacía lo mejor por Estrella y su marido. Y ahora, una vez más, veía cómo su nieta seguía el mismo camino por el que ya había transitado toda su familia. Sin embargo, en esta ocasión no tenía nada que perder; todas las lágrimas, todo la frustración que había acumulado durante años, encontraban por fin una vía de escape, y no permanecería impasible, ¡esta vez no!

María llamó por teléfono a Carlos, el hombre que ejercía como taxista en el pueblo, y subió al coche tan pronto como este hizo sonar el claxon al llegar a la puerta de su casa. Sara apenas tuvo tiempo de asomarse por la ventana para ver partir al vehículo calle abajo. Cuando salió, ya no había rastro de él. Su abuela no acostumbraba a actuar de ese modo, y en caso de tener que ir al hospital, o a la capital para cualquier asunto, se lo habría dicho a ella, para que la acompañase. Sin pensarlo dos veces, Sara cogió su ciclomotor —lo mejor que había podido conseguir con sus exiguos ahorros— y siguió el camino del taxi. Tenía un oscuro presentimiento, y no estaba dispuesta a quedarse con la duda.

El coche se detuvo frente a las puertas del cortijo de los Mendoza, y la anciana mujer descendió de él, pidiéndole al taxista que aguardase allí. No había vuelto a aquel lugar desde aquella lejana

mañana en que fuese abofeteada por el señor Castrillo, el capataz de la finca. Los recuerdos se acumulaban en su mente dificultándole el pensamiento. Cerró los ojos, y recordando su grito de hacía tantos años, exclamó:

—¡Javier! ¡Javier Mendoza, sal aquí y hablemos tú y yo!

En las habitaciones superiores del cortijo se descorrieron varias cortinas.

—¡Javier Mendoza, vengo a devolverte algo que te pertenece! ¡Yo nunca llegué a estrenarlos!

María extrajo algo de un bolsillo de su chal, y lo arrojó sobre el suelo. Los pendientes aún relucían como el primer día.

—¡Ven aquí, sal a recogerlos!

Del interior de la casa salió Miguel Mendoza, que vivía allí junto a su padre. No parecía estar de humor.

—¿Quieres callarte, vieja loca? ¿Qué has venido a hacer aquí? ¡Lárgate!

—No eres tú a quien he venido a ver, Miguelito —dijo María en tono despectivo—. Dile a tu padre que salga, que hay aquí una vieja amiga que ha venido a verle.

El hijo del propietario de las tierras corrió el cerrojo que mantenía cerrada la verja que daba acceso al cortijo, mientras el taxista observaba desde el camino donde había estacionado el coche, sorprendido por lo que ocurría ante sus ojos. Jamás había visto a nadie mostrar esa actitud frente a aquella familia, y sintió admiración por una mujer que en un principio se le había antojado débil y enferma.

En el momento en que Sara dejaba atrás la carretera, para tomar el camino que había de llevarla hasta la verja, Miguel levantaba la mano sobre María de forma amenazante.

—¡No lo voy a repetir más! ¡Vete de aquí o...!

Carlos entendió que no podía dejar que aquel hombre golpease a la anciana, y decidió dejar a un lado su actitud meramente contemplativa, pero Sara se le adelantó, abalanzándose sobre el dueño de la clínica para detener su mano, que ya se encaminaba al encuentro del rostro de María. Fue Sara quien recibió el golpe, y cayó al suelo.

—¡Sara, ¿qué haces tú aquí?! —gritó la anciana mientras se agachaba para socorrer a su maltrecha nieta.

—¡Quieto todo el mundo!

Todos miraron en dirección al origen de aquella voz, que hacía años que no se mostraba tan enérgica y cargada de autoridad. Era don Javier, que ayudado por un bastón, y a duras penas, se había acercado hasta el lugar donde sucedían los hechos. Eran más de ochenta años los que pesaban sobre él, y no estaba ya para carreras. Sus ojos se encontraron con los de María después de demasiado tiempo, y no pudo evitar que una lágrima recorriese su mejilla. Sara observaba la escena desde el suelo, incrédula.

—Nunca tuve la oportunidad de darte el pésame por lo de tu hija y tu yerno —dijo Javier, cuyo tono de voz había cambiado por completo, tornándose quebradizo.

María no respondió. No esperaba aquellas palabras por su parte. El anciano le tendió la mano, ayudándole a incorporarse, pues la mujer estaba agachada junto a su nieta, y acto seguido le ofreció su brazo para guiarla al interior de la casa.

—Ven conmigo, María; tenemos mucho de qué hablar.

La mujer lo dudó unos instantes, pero sin saber bien por qué, terminó aceptando el ofrecimiento, y comenzó a caminar junto a aquel hombre hacia el interior de su propiedad.

—Pero... ¡Padre, ¿es que te has vuelto loco?! ¿Qué demonios estás haciendo?

—Cállate, y no seas estúpido —le dijo Javier sin girar la cabeza, pues no podía retirar sus ojos de la mujer que caminaba junto a él—. En su lugar, ayuda a tu sobrina a levantarse, y tráela contigo a casa. Ha estado fuera demasiado tiempo.

Ramón se quedó sin palabras. Miró a la mujer a la que había abofeteado hacía sólo unos instantes, y casi sin ser consciente de sus actos, le tendió la mano para ayudarle a levantarse. El primer impulso de ella fue rechazarla, pero tras mirar a su abuela, que marchaba junto a Javier, cogida de su brazo, aceptó la ayuda que se le ofrecía, y recuperó la verticalidad.

Carlos, que asistía perplejo a cuanto estaba teniendo lugar ante sus ojos, entendió que sus servicios tardarían en ser necesarios allí nuevamente, por lo que montó en su coche, y abandonó el lugar sin terminar de comprender aquello de lo que había sido testigo.

Sobre el suelo quedaron unos pendientes de perlas engarzados en plata.



ÍNDICE

Presentación	7
Prólogo.....	11
Mi genealogía femenina	17
Las pupilas de septiembre	33
Perlas en plata	51

Esta edición del
Tercer Libro de Relato Corto «Con Nombre de Mujer»
se terminó de componer, maquetar y corregir
el martes 15 de octubre de 2013, Día Internacional de la Mujer Rural.



